

Libros



Egogonías

La escritura del Yo es una de las características de la literatura de fin de siglo. Alrededor de una voz literaria se entremezclan las perspectivas autobiográficas con el entramado ficcional del texto. Esta característica se registra fundamentalmente en las obras narrativas, pues la poesía, por su naturaleza, es comunicada a través de un Yo que habla. ¿Cuánto del autor, de su vida, de su experiencia personal, está vertida en cada creación literaria? Esta pregunta fue planteada con insistencia, sobre todo en el siglo XIX, por la crítica, que intentaba dilucidar en dónde terminaba la vida, la realidad, el escritor de carne y hueso, y dónde comenzaba la creación, el mundo de ficción y un autor implícito que sólo existe en ese poema, ese cuento, esa novela, esa canción. Desde hace varias décadas, esta inquietud se ha desvanecido, pues se ha integrado un cuerpo crítico que plantea el concepto de “voz poética” como aquella distinta del autor; por lo tanto, a quien leemos no es al escritor que conocemos personalmente, al que identificamos por sus fotografías, al que vive en la ciudad de México, París o Bogotá.

Egogonías es un libro escrito por tres personas a quienes conozco desde hace varios años, con quienes he convivido y a quienes me unen lazos de afecto y compañerismo. Esa cotidianidad en el trato es un arma de doble filo. En primer término, existe la tendencia a pensar que lo conocido es menos extraordinario que lo lejano; es el espejismo que algunas veces producen los países distantes, las ciudades míticas, los

entornos exóticos. Me gusta recordar una anécdota de Alfonso Reyes, quien consideraba su casa de Monterrey como el paraíso; ahí vivió toda su infancia, pues su padre Bernardo Reyes era gobernador de Nuevo León. La casona de la familia tenía cuadras, y el pequeño Alfonso cuidaba ahí a su poni. La biblioteca era envidiable; los espacios, suficientemente amplios como para propiciar los juegos y las carreras de sus siete hermanos. En suma, era el sitio donde los problemas se alejaban, donde el círculo del cariño le protegía y actuaba como una barrera hacia el exterior. Años después, partió a la ciudad de México para continuar sus estudios, y en los momentos más problemáticos se decía a sí mismo para lograr dormir: "¡Ah, si estuviera en mi casa!". Esos pensamientos eran un consuelo: saber que en algún lugar había un espacio casi mágico en donde los conflictos desaparecían y al cual podía regresar en cualquier instante. Algún día, el joven Alfonso despertaba con esa expresión que contenía tanta esperanza, tanta confianza hacia ese símbolo edénico, la panacea, el Dorado que todos buscamos ("¡Ah, si estuviera en mi casa!"), y de pronto se daba cuenta de que en esos momentos, en realidad, sí estaba en su casa regiomontana, a la cual había regresado con motivo de sus vacaciones.

A través de esta anécdota, Reyes da cuenta de su paso a la adultez, donde nos percatamos de que, parafraseando el título de uno de sus libros, "no hay tal lugar". Las panaceas no existen, el remedio indiscriminado a todos los males sólo se encuentra en el deseo. Revestimos con el halo de la maravilla aquello que no tenemos a nuestro lado y, en cambio, empequeñecemos lo cercano, lo empobrecemos, lo ninguneamos. Admiramos, así, a escritores extranjeros, muchas veces menores. En cambio, menospreciamos el cine mexicano, juzgamos casi siempre con compasión al pintor local y vemos con escepticismo los esfuerzos editoriales de la región. Ante estas actitudes, ¿qué le toca, entonces, a quienes fueron nuestros estudiantes, aquellos con quienes convivimos, y cuyos temores, éxitos y aficiones conocemos?

La lectura de *Egogonías* invita a romper con la espiral de la indiferencia y el escepticismo que lo conocido inspira, quizá por ser moneda valiosa frente a los espejitos y la mercancía de pacotilla de muchos productos provenientes de otros lares. Esta "conminación" a acercarse al texto se extiende al esfuerzo editorial sostenido por el proyecto de La Tinta del Alcatraz, alentado desde Toluca por Héctor Sumano desde hace ya muchos años. Acto público aparte merece lo que incansablemente viene protagonizando, sin ningún afán estelar, este hombre que da a conocer poco de lo suyo y, en cambio, generosamente le ha abierto las puertas a muchos jóvenes, sin importar trayectoria, origen o simpatía. Y, como a ellos, ha invitado a formar parte de La Tinta del Alcatraz a valores probados, escritores conocidos y premiados.

Pues bien, si tener a nuestro alcance las voces de Vianney Maya, Saúl Ordóñez y Carlos Garduño pudiera suscitar alguna duda sobre su valor, el otro filo del arma a la cual me refería es justamente la curiosidad implícita en la lectura: desear fundir en una misma figura a la proyectada por el texto y a la persona conocida. Es preciso recordar, en tanto, que en manos tengo una obra literaria y que, como tal, no me habrá de devolver a Vianney ni a Saúl ni a Carlos, sino las imágenes forjadas en los poemas de *Egogonías*.

Establecidos estos preliminares, es pertinente comentar qué ofrece esta obra primera y temprana de los autores (primera, porque antes no habían publicado libro alguno; temprana, no por la inmadurez de los resultados sino



Elva Vianney Maya González, Jesús Saúl Ordóñez García y Carlos Alfonso Garduño, *Egogonías*, Toluca, UAEM/La Tinta del Alcatraz, 2001.

por la juventud de sus autores, quienes gozan la segunda década de sus vidas).

El título *Egogonías* se refiere a un origen centrado en el Yo o, bien, a un Yo originario. La conciencia de sí mismos y de sus cuerpos permea la obra de los tres autores. Aun cuando cada uno propone un énfasis diferente, se percibe como factor común una aguda sensibilidad hacia el Yo, así como un ver el mundo y la existencia de éste sólo a través de la mirada de ese Yo. En este sentido, todo el libro está impregnado de una percepción idealista del mundo, el cual es forjado a punta de ideas, a fuerza de pensarlo, de hacerlo existir mediante el cuerpo que lo ve y lo siente.

El libro inicia con dos poemarios de Saúl Ordóñez: *Relación de viaje* y *Marcopolos*. Es evidente el vínculo establecido entre ambos mediante la noción de trayectoria, de un devenir que, de manera simplificada, es la existencia. El primer poema, "Meditación", es inaugurado por un

epígrafe de la extraordinaria y no siempre reconocida escritora sinaloense Inés Arredondo. El pesimismo del epílogo de su cuento "Orfandad" trasmina los poemarios de Saúl. Dice la voz poética: "rosal de un día, / tan solitario". Los temas de la soledad y el amor están omnipresentes, como si uno acompañara siempre al otro; paradoja ésta, cuando los discursos que circulan sobre el amor ensalzan su eternidad, su inconmensurabilidad, su interactividad. Saúl, en cambio, se refiere a un ensimismamiento amoroso; es decir, al sentimiento que aun siendo recíproco es originado por una persona, y cuya existencia no depende de la reciprocidad. Por eso, la desaparición del que ama es también la extinción del amado:

Pero cuando yo muera, morirás tú;
morirá el mundo entero
en la caja de mi cráneo.

El amor, entonces, es "siempre un desperdicio". Esta idea se repite tanto en "Relación de viaje" como en "Pura invención". Para sobrevivir, el individuo crea el amor, el cual sólo existe como una idea, como la invención que refiere el título: es un lujo, es un excedente.

Así como aparece Inés Arredondo, muchos otros autores se dan cita, explícita o implícitamente, en



Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM



Editorial La Tinta del Alcastraz



la obra de Saúl Ordóñez. Narradores, compositores y poetas convergen. Se saluda a Jaime Sabines, a Milan Kundera y a Marilyn Manson, y los ecos de Xavier Villaurrutia actúan como una caja de resonancia.

La poesía de Vianney Maya es más instintiva y con un pesimismo mucho más matizado que la de Saúl. "Verde deseo y otros poemas" contiene en su título lo sensorial que envuelve a la obra. Sin embargo, los dos autores coinciden en esa visión del amor como imagen y no como realidad. El verde deseo son los ojos del ser al cual se ama, se toca, se siente; sin embargo, el deseo sólo existe en su inmaterialidad, pues en el momento de su cumplimiento se desvanece. Se desea lo que no se tiene, y en este caso dice Vianney: "Sueño / eres mío".

El tema de la identidad aparece de nuevo; en el caso de Vianney, ésta se constituye a través de la mirada del otro. Saúl descreo de la fuerza ajena, la energía interior le basta al *yo* de sus poemas. La voz literaria de Vianney, en cambio, crece por ese "viento verde que me envuelve". En la entrega amorosa, el sujeto es más desvalido, más inerte; es "la tortuga [que] olvida su caparazón", el caparazón de su poema, "en el suelo entre las hojas".

Los siete textos que integran su primera entrega, "Verde deseo", van plasmando una historia de encuentros y desencuentros, en donde la carnalidad es apenas la piel de una relación concebida como un espacio de libertad, de desnudez interior, memoria, sueño y decepción.

El título de la participación de Carlos Alfonso Garduño no sólo asoma en el epígrafe de Hesíodo con el cual abre su primer poema, también se adivina en el nombre del conjunto poético. "Cosmogonía y cuestión de fe" parece tener su ancla en la máxima surgida del libro *Teogonía*: "Antes que todas las cosas fue Caos"; ahí donde la palabra es la posibilidad de ordenar lo que la realidad presenta sin categorías, sin clasificaciones prefijadas. Esta idea la retoma Saúl cuando se lamenta:

• • • • •

todas mis palabras yacen muertas,
por eso soy nadie,
soy nada.

Por otra parte, Carlos Alfonso retoma la idea del génesis (ya referida en el segundo epígrafe de su primer poema), en cuanto a que el Verbo precede a todas las cosas:

El comienzo: la palabra,
la fe de mi legado.
Desde entonces, el sentido
se diluye...

O, bien, cuando escribe: "Sobre sí la Palabra fluye / preñada de sentido / en la continuidad / de la condena". La creencia en un dios convierte a la Palabra en un nuevo ordenador de sentido. De esta forma, la Palabra se abre en cuanto significado: es la de una divinidad, es la del poeta convertido en demiurgo. En ambos casos, anula el caos y propone un nuevo mundo, con otros valores, donde la libertad de la elección del ser humano se erige como la diferencia sustancial.

Los poemas del último de nuestros autores tienen una perspectiva social más marcada que el enfoque impreso en los de Saúl y Vianney. Esto se trasluce en los verbos de exhortación que reiteran el llamado del inicio de su poemario: "A los que viven enfrentando la pregunta última. No se rindan". Garduño pide directamente: "Escucha y no te rindas".

Mediante este breve esbozo, quizá se ha podido percibir la voluntad de trabajar la palabra poética. Los tres autores, mediante distintos recursos,

optan por el tropo, por el sentido oculto, en un intento de encubrir, esconder, disfrazar las ideas primeras. Se percibe cierta reticencia a revelar el aliento motor de cada texto, como si tuvieran presentes a sus lectores. No dudo que esta dubitación irá desapareciendo, conforme vayan sustituyendo esas imágenes de quien los lee (su familia, sus amigos, sus parejas, la gente de su entorno) por las de un receptor ideal, sin rostro ni prejuicios.

Me pregunto también por el orden de la presentación de los textos, el cual no coincide con el anunciado en la portada del libro. Se esperaría encontrar la obra de Vianney primero, después la de Saúl y por último (como efectivamente sucede) la de Carlos Alfonso. Otro pequeño desliz editorial es la consistencia al presentar los nombres de los autores, puesto que sólo Elva Vianney conserva el apelativo impreso en la carátula, mientras que sus compañeros optan por formas más cortas.

Termino estas líneas expresando la sorpresa que produjo en mí la lectura de *Egogonías*. A la manera de Saúl, viajero en sus sueños poéticos, somos Marco Polo en la tierra más desconocida de todas: la del Otro que no soy Yo, la de la palabra de ficción. Este libro funge como una cartografía que reúne temáticas muy propias de los escritores jóvenes, principalmente la relación amorosa, la soledad, el desencuentro y la búsqueda de sentido a través de la fe religiosa. En este mapa literario, trazado por la pluma de Vianney, Saúl y Carlos Alfonso, respiramos sus inquietudes, que son también las nuestras: las de los seres humanos que aún buscamos, con algún palpito de esperanza, una tierra edénica que nos acoja amorosa, con la única certeza de que tal vez nunca despertemos en ella. LC